

JUAN LUIS GALLARDO



UN CABALLERO LLAMADO JESÚS



Contenido

ACLARACIONES NECESARIAS.....	3
I - LINAJE DE REYES	8
II - NATURALIDAD EN EL TRATO.....	10
III - APLOMO Y SEGURIDAD	14
IV - UN CHICO CON PRESTIGIO	18
V - NO SE AMPARÓ EN EXCEPCIONES	21
VI - MANDAR EL DIABLO AL DIABLO	24
VII - CELEBRACIÓN DEL VINO	27
VIII - DESPARRAMO DE MERCACHIFLES.....	31
IX - EL COBRADOR DEL F.M.I.....	34
X - AMPLITUD DE CRITERIO	36
XI - HABLAR DERECHAMENTE	39
XII - DIGNIDAD SERENA.....	42
XIII - JESÚS Y LOS SOLDADOS.....	45
XIV - CORAJE PERSONAL (I).....	48
XV - CORAJE PERSONAL (II).....	52
XVI - CORAJE PERSONAL (III).....	56
JUSTIFICACIÓN.....	60

JUAN LUIS GALLARDO

UN CABALLERO LLAMADO JESÚS

oo0oo

ACLARACIONES NECESARIAS

I

En su origen, la palabra *caballero* sirvió para designar a quien peleaba montado, destacándose sobre los infantes que comandaba. Más tarde, establecidas las rigurosas reglas que rigieron la caballería, el término se aplicó a aquellos que la conformaban, adquiriendo así un sentido más restringido, honroso y ejemplar.

Transcurridos los férreos siglos medievales, la denominación se fue desvinculando del oficio de combatir y hasta llegó a perder su condición ecuestre. Pero, aunque ya no se refiriera sólo al ejercicio de la caballería, ni tuviera por requisito la condición de guerrero, se siguió reservando, eso sí, a personas distinguidas, que sobresalían respecto al común de las gentes como aquel jinete que mandaba una fuerza de infantería. Tal es su acepción actual y con ese alcance la utilizo en este trabajo.

Decir de un hombre que es un caballero implica reconocer que posee una distinción peculiar, contando con algunas cualidades excepcionales que hacen de él un aristócrata. Y como hablar hoy día de aristocracia supone correr riesgos considerables, abordaré el tema adoptando grandes precauciones y dedicándole un párrafo especial.

II

Los peligros que implica referirse a la aristocracia son de carácter opuesto e igualmente graves. Por un lado aparece el *esnobismo* tilingo y, por otro, la envidia resentida.

Existen en efecto quienes se deslumbran ante el peculiar estamento que conforman los aristócratas, asumiendo una estúpida actitud admirativa. Son los que darían lo que no tienen por aparecer alternando con ellos en las *revistas de sociedad*. Y existen también quienes abominan de la aristocracia, en parte por profesar ideas políticas igualitaristas, en parte movidos por la más cochina de las envidias. Procuraré no incurrir en ninguna de ambas posturas y considerar el tema soslayando tanto el *esnobismo* como el resentimiento.

Asentaré en primer lugar que la aristocracia es producto de una selección. O al menos debería serlo. Y en este aspecto quiero dejar bien claro que, contrariamente a los criterios en boga, la acción de seleccionar, de discriminar, no sólo es buena sino excelente y, además, inevitable.

Seleccionar, en efecto, supone discriminar. Tarea que, a la fecha, es objeto de las condenas más estentóreas, llegando incluso a configurar un delito. Pero, no obstante ello, lo cierto es que una de las manifestaciones propias de la racionalidad que distingue al ser humano consiste, precisamente, en discriminar.

Discrimina el hombre de continuo, forzado a elegir entre lo bueno y lo malo, entre lo conveniente y lo inconveniente, entre un camino u otro, entre diferentes ofertas y propuestas, entre mercaderías de calidad dispar, entre criterios acertadas y errados, entre distintas maneras de expresarse, de vestir, de conducir, de encarar la vida... Hasta el punto que, impedida de discriminar, una persona no podría

desarrollar ninguna actividad que requiera el empleo de la inteligencia y el buen tino. Dicho sea sin ánimo de contravenir las leyes antidiscriminatorias.

De modo que las aristocracias se conformaron en virtud de una discriminación o, para emplear un término menos irritante, de una selección. De una selección fundada a veces en motivos válidos y a veces en motivos inválidos. A raíz de lo cual existen aristocracias respetables y aristocracias que no lo son.

Merecerá respeto una aristocracia constituida por quienes, para formar parte de ella, se hayan destacado sirviendo a los demás, sea mediante el empleo de sus talentos en el terreno de las ciencias, las artes o la gestión pública, sea habiendo demostrado coraje en el campo de batalla. No merecerá en cambio consideración alguna una aristocracia fundada en la mera posesión de dinero, de influencia política o de relumbrón social.

Daré un ejemplo para desvincular el concepto de aristocracia del hecho de poseer dinero, influencia política o relumbrón social. Crecí yo en el campo de la provincia de Buenos Aires, partido de Bolívar, localidad de Pirovano. Allí mi padre criaba ovejas y la existencia de aquel rebaño determinó que, periódicamente, llegara la *comparsa* (así se llama) de esquiladores a fin de llevar a cabo su trabajo.

Constituía la esquila un gran suceso, que llevaba animación al apacible transcurrir de nuestros días rurales. Trasiego de animales que se encerraban, se maneaban, se rasuraban y eran luego liberados en situación de desairada desnudez. Actividad de hombres aplicados a una tarea que requería habilidad y resistencia física, compensada mediante la recepción de una *lata* por oveja, cuyo recuento, al atardecer, permitía establecer lo ganado por el esquilador durante la jornada. Las

latas más antiguas eran de bronce y las más modernas de aluminio, llevaban por lo general la marca del establecimiento y tenían valores diferentes, canjeándose varias de valor unitario por las correspondientes a decenas o centenas, como las fichas de la ruleta.

Y, entre los esquiladores, casi siempre había alguno que sabía cantar y acompañarse con la guitarra. El cual, además, conocía milongas, cifras o estilos aprendidos de memoria, constituyéndose así en precioso eslabón de esa cadena admirable que constituye la tradición oral. Ese hombre, al caer la tarde, junto al fogón, después de tantear el cordaje, comenzaba a enhebrar canciones ante el silencio respetuoso de sus oyentes, que olvidaban el cansancio por influjo de la música. Pues bien, dicho modesto esquilador, que podía ser analfabeto pero que se destacaba entre sus pares por haber aprendido a tocar un instrumento y por haberse esforzado en memorizar viejas tonadas de la llanura era, a no dudarlo, un aristócrata. Un aristócrata en el sentido cabal del término, despojado de toda connotación *esnob* o resentida.

Con el alcance señalado, un caballero será un aristócrata. Vale decir un hombre que posee una distinción peculiar y es dueño de cualidades excepcionales. Atributos con los que contó en grado superlativo Jesús de Nazareth, el personaje más excelso que pisara la tierra, Dios y hombre verdadero.

Aunque la extraordinaria figura de Jesucristo pueda abordarse desde múltiples ángulos, mi propósito al encarar este escrito consiste en presentarla como la de un caballero sin tacha, destacando los aspectos de su personalidad que revelan tal condición. Creo tener el derecho de hacerlo, pese a que otros autores hayan pretendido mostrarlo como un *hippy* desgreñado o como un revolucionario,

impulsor de la lucha de clases. No entraré a discutir aquí sus puntos de vista, aunque no los comparto de ningún modo. Sólo ruego se me permita exponer el mío.

I - LINAJE DE REYES

Se atribuye a una conocida señora argentina haber dicho alguna vez, con respecto a San José y María Santísima: *Les prevengo que eran de lo mejor de Jerusalén.*

Tan ingenua información, pese a parecer ridícula, en el fondo no deja de ser cierta. Porque ocurre en efecto que tanto María como José, lejanos parientes entre sí, descendían del Rey David, ilustre personaje en la historia de Israel. De manera que, desde un punto de vista estrictamente humano, Jesucristo venía de buena familia. Incluso soslayando el dato de ser Hijo de Dios, dignidad que le hubiera permitido con justicia aplicarse aquello que el cuento atribuye al jactancioso Gorosito¹.

Y si traigo a colación el hecho de pertenecer Jesús a una familia antigua y distinguida es porque tal circunstancia se vincula con su condición de caballero y porque, al fin de cuentas, tener buena cuna constituye una contingencia afortunada que se ha de valorar y agradecer. Aunque resulte irrelevante comparada con la de ser Dios e Hijo de Dios.

Como en toda familia que se respeta, la de Jesucristo contaba también con miembros objetables. Como Raab, señorita liviana de cascos que diera refugio a los espías enviados por Josué a Jericó. O Betsabé, la mujer de Urías, cuyas prácticas higiénicas perturbaran al rey David. O el sabio Rey Salomón, hijo adulterino de Betsabé, que terminó rindiendo culto a falsos dioses.

¹ Era Gorosito un mozo pagado de sí mismo que, mirándose al espejo, satisfecho se decía: “no tenés pinta Gorosito”; “no tenés peinado Gorosito”, “no tenés pilchas Gorosito”. Hasta que oyó una voz que lo reconvino desde lo alto: “no seas presumido, hijo mío”. Oído lo cual exclamó el interpelado: “¡no tenés Tata, Gorosito!”.

Respecto al carácter de descendiente del rey David, autores serios afirman que José no sólo lo era sino que resultaba el legítimo sucesor del gran monarca, cuya estirpe había sido desplazada por Herodes, usurpador del trono de raza idumea. Como Jesús era legalmente hijo de José, providencialmente el letrado que Pilato hizo poner en la cruz habría expresado también una realidad dinástica: Jesucristo sería, efectivamente, Rey de los Judíos.

Que la de Jesús fuera una familia distinguida no quiere decir que fuera opulenta. Más bien todo lo contrario. José se ganaba el sustento con su trabajo de carpintero, careciendo María de una muchacha que la ayudara en los quehaceres domésticos. Y el oro que llevaron los Reyes Magos a Belén no ha de haber sido mucho pues, llegado a Egipto, pronto tuvo José que retomar su oficio para parar la olla.

La Sagrada Familia era pobre. Pero no pobre de solemnidad ni vivía en la miseria. Por lo pronto, José se desempeñaba por cuenta propia y no dependía de nadie. Tenía casa en Nazareth y la misma no se hallaba en los suburbios porque Nazareth era tan chica que carecía de ellos. Se trataba de vecinos caracterizados, según lo demuestra la circunstancia de que concurrieran a casamientos de personas acomodadas, como sucedió en Caná. Además, José era dueño de un burro, lo que equivalía a poseer un autito para movilizarse. Y, alcanzada cierta edad, Jesucristo empezó a vestir una túnica sin costuras, prenda decididamente elegante. Si a ello agregamos que Juan, primo de Jesús, tenía entrada franca en el palacio del Sumo Sacerdote y que Juana, amiga de la Santísima Virgen, estaba casada con el mayordomo del rey Herodes, podremos formarnos cierta idea respecto a lo que Ortega llamaría “la circunstancia” de Jesucristo-hombre. En los próximos capítulos abordaré otros aspectos vinculados con su estupenda personalidad.

II - NATURALIDAD EN EL TRATO

Un caballero, un verdadero aristócrata, se moverá con soltura en los ambientes más variados. Entre ricos y pobres, entre figuras relevantes o entre gente del montón, entre los que mandan y entre los que obedecen, entre los que trabajan y entre los que hacen trabajar. Así se movió Jesús durante su paso por la tierra.

Aunque en aquel momento él no estuviera en condiciones de alternar con sus visitantes, ya que era un niño recién nacido, apenas llegado al mundo tuvo oportunidad de iniciarse en esto de moverse entre ricos y pobres, entre hombres sencillos y personalidades destacadas.

Quienes primero se acercaron al Portal de Belén, para rendir homenaje al Hijo de Dios, fueron algunos pastores que rondaban sus rebaños en las inmediaciones. No sé si ustedes han tenido el privilegio de ver algún pastor en los tiempos que corren. Yo sí. Ocurrió en la provincia de Soria, España, y se trataba de una mujer que, apoyada en su cayado y auxiliada por uno o dos perros, rondaba un hato de ovejas cerca del pueblo de Aldeaseñor, edificado junto a un castillo admirable. También en Soria, en la Vega del Cintora, he visto algunas “majadas”. Que así se llaman allí los recintos de piedra, techados con tejas precariamente concertadas, donde se guarecen el pastor y su rebaño en maloliente promiscuidad.

También tuve oportunidad de ver, hace mucho, las grutas en que los pastores guardaban sus rebaños la noche en que nació el Señor. Son cuevas de gran tamaño, situadas valle por medio con aquella donde Dios vino al mundo. Y estoy cierto de que, en aquel entonces, tampoco estas cuevas olerían a rosas, como las “majadas” de Soria.

Pues bien, los rudos hombres que velaban cerca de Belén la noche del Alumbramiento, fueron los primeros en ser prevenidos respecto al magno suceso. Bandadas de ángeles aparecieron en las alturas y, mediante un canto inefable dirigido a *los hombres de buena voluntad*, les hicieron saber que se habían cumplido los viejos anuncios, iniciando el Mesías su labor salvífica.

Y se dirigieron al Portal, llenos de alegría. Seguramente llevaron regalos para el recién nacido, según se estila en ocasión de visitar a una persona eminente. Un botijo lleno de leche, algún queso, quizá un panal de miel silvestre.

Cohibidos, con la timidez propia de la gente modesta, se quedarían cerca de la entrada del Portal, mirando en silencio el grupo entrañable que conformaban María, José y el Niño. Y José los haría pasar y se postrarían ante María y adorarían al Niño, dejando a sus pies el botijo de leche, los quesos y el panal de miel silvestre. Además de sus corazones de hombres sencillos, tímidos, conmovidos y malolientes. Y el Niño les habrá sonreído, dando comienzo a la singular relación que sostendría con los pobres y los humildes.

Poco tiempo después, acaso no en el Portal sino en una casita donde tal vez se trasladaría pronto, la Sagrada Familia fue visitada por tres personajes de características diametralmente opuestas a las de los pastores recibidos en primer término. Se trataba de tres Reyes.

Tomemos con cautela, en este caso, la denominación de Reyes. Porque los *recienllegados* más que reyes podrían ser reyezuelos, caciques de pueblo chico, jefes tribales. Pero, en cualquier caso, hombres con mando, autoridad suprema en sus dominios, caudillos con cierto número de súbditos.

Además de tener mando, los tres Reyes eran hombres estudiosos, medio astrónomos y medio astrólogos. Es decir estudiosos de las estrellas, por un lado, y, por otro, investigadores de su improbable influencia en la vida de la gente. Debido a este último motivo los llamaban Magos. Reyes Magos eran. Y se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar. Baltasar era un hombre de color. De color negro.

El advenimiento inminente del Mesías se les manifestó a los Magos a través de su trabajo pues, mientras escudriñaban el cielo nocturno, se presentó ante sus ojos una estrella portentosa que, según supieron de algún modo, anunciaba el nacimiento de Hijo de Dios. Y allá se fueron tras ella, dejando en manos de otros el gobierno de sus pueblos chicos.

Parece que los Magos nada tenían que ver entre sí y que cada cual por su lado descubrió la estrella e interpretó su mensaje, coincidiendo los tres en el camino hacia Palestina. De regalo llevaron oro, incienso y mirra. Oro como símbolo de amor, incienso como símbolo de adoración y mirra como símbolo de mortificación. O, si se quiere, oro como ofrenda para un Rey, incienso como ofrenda para Dios y mirra como ofrenda para un Hombre mortal.

Es de imaginar el revuelo que ocasionaría en Belén la llegada del gran cortejo que conformaban, sumados, los cortejos de aquellos tres Reyes. Caballos, camellos,

burros y mulas aparecerían allí reunidos. Conducidos por sujetos de lejanas tierras, ataviados a la usanza de tales lugares. No faltarían tampoco corderos y cabras que los alimentarían durante la larga marcha. Al frente del abigarrado conjunto irían Melchor, Gaspar y Baltasar, hamacándose al paso de sus montados. Y, envolviéndolo todo, la polvareda dorada que se levantaba al avanzar tan vistosa comitiva.

Dado que sabían de quién se trataba, al igual que los pastores también se habrán cohibido los tres Reyes en presencia de Dios encarnado. Y, como a los pastores, José los habrá hecho pasar, se habrán postrado ante María y habrán adorado al Niño. Que les habrá sonreído cuando le ofrecieron el oro, el incienso y la mirra.

Así, mediante el trato con pastores venidos de cerca y con reyes venidos de lejos, Jesús empezó a vincularse con toda la humanidad. Y comenzó a adquirir la soltura propia de un caballero para tratar a gente de condición diversa.

III - APLOMO Y SEGURIDAD

Vueltos a sus tierras los Reyes Magos, realizado lo prescripto respecto a la circuncisión y al rescate del Niño del servicio del Templo, brutalmente asesinados por Herodes los Santos Inocentes y transcurrido el lapso durante el cual la Sagrada Familia vivió desterrada en Egipto, nada se sabe de Jesús hasta que tiene doce años cumplidos. Momento en el cual se registra su primera actuación protagónica, mencionada únicamente por Lucas.

Tenían los judíos obligación de ir al Templo de Jerusalén al menos una vez al año. Cosa que, fieles observantes de la Ley, realizaban siempre María y José. Y, alcanzada la edad indicada, Jesús se sumó a sus padres para visitar el Templo. Nazareth, donde vivían a la sazón, no está cerca de Jerusalén y, de yapa, los caminos eran malos, los chacales acechaban al paso y abundaban las bandas de ladrones dispuestos a desvalijar a los viajeros. Por tales motivos, éstos marchaban juntos, integrados en caravanas que andaban de día y acampaban de noche. Generalmente las mujeres formaban un grupo y los varones otro.

Durante el trayecto de ida no se produjeron novedades. O, al menos, no quedó constancia de ellas. Arribados los peregrinos a destino, cumplieron con el ceremonial establecido y pegaron la vuelta. José pensó que el chico marcharía con su madre, en el grupo de las mujeres. María pensó que lo haría con su padre, en el grupo de los varones. Y con esa convicción caminaron todo el día.

Al atardecer se detuvo la caravana. Era el momento de distensión en la jornada pues, al amor del fuego, se consumían las provisiones, se charlaba sobre mil temas y hasta se entonaban algunas canciones que alegraban el ánimo. Fue entonces cuando,

reunidos hombre y mujeres, María y José advirtieron que el Niño no venía con ninguno de ellos.

Alarmadísimos lo buscaron por todo el campamento sin éxito. Y, confirmada la evidencia de que allí no estaba, resolvieron volver a Jerusalén sin demora, a la luz de las estrellas y encogido el corazón.

Llegarían a la ciudad antes del alba, hora propicia para que las angustias se tornen más profundas. Y, desvelados, habrán recorrido todos los lugares donde habían estado el día anterior. En cuanto la hora les permitió hacerlo sin resultar inoportunos, interrogaron a parientes y conocidos. Trajinaron plazas y callejuelas. Preguntaron en cada puerta que horadaba las murallas. De tanto en tanto verían a la distancia algún chico que se parecía al suyo y correrían tras él para recoger una nueva decepción.

Por fin, al tercer día, que no es poco tiempo, acudieron al Templo y allí, al amparo de algún soportal, en el lugar donde los doctores de la Ley desgranaban su sabiduría ante un auditorio que los escuchaba atentamente, descubrieron al Niño entre la gente. Dice el Evangelio que estaba *sentado en medio de los doctores y ora los escuchaba, ora les preguntaba. Cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas.*

El párrafo transcrito tiene jugo y abona cuanto he venido señalando hasta aquí pues, por un lado, confirma que Jesús contaba con una educación que le permitía expedirse con acierto en una materia que no sólo dominaban los doctores sino todo el público presente, ya que no había judío que no contara con amplio conocimiento de las Escrituras. Y tanto era el acierto con que se expresaba el Niño que los que le oían *quedaban pasmados de su sabiduría.* Pero, además de eso, el párrafo sugiere claramente que Jesús actuaba con aplomo y seguridad en sí mismo, haciéndose oír por

un público heterogéneo que lo escuchaba asombrado. Detalles éstos que corroboran hasta qué punto demostraba aquel chico tener un espíritu superior.

Aunque no se agotan con lo dicho las conclusiones que pueden extraerse del acontecimiento, a fin de acreditar que ya entonces Jesús poseía las cualidades que distinguen al caballero. Porque, en efecto, interpelado por sus padres respecto a su escapada, contesta en forma respetuosa pero inapelable, propia de quien sabe perfectamente lo que está haciendo y que sabe, además, que no debe rendir cuentas por ello.

Le pregunta María por qué se ha portado así. Y le responde Jesús: *¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?* Establece con su respuesta un orden de prioridades que no admite se discuta. Un orden a cuyo tope se encuentra la misión que debe llevar a cabo, que es la redención del género humano. La escena muestra otra vez al Señor actuando con aplomo y autoridad. Con un aplomo y una autoridad que nadie hubiera supuesto poseyera a tan temprana edad y que lo acompañarían durante toda su vida terrena.

Según las convenciones actuales, la respuesta de Jesús a su madre puede parecer dura y desabrida (*desaborida*, dicen los andaluces). Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que no tenemos muchas noticias respecto al modo como los varones se dirigían habitualmente a las mujeres en Palestina por aquella época. Ni conocemos tampoco el tono de esa respuesta. Ni el gesto que la acompañó. Tono y gesto que seguramente la endulzaron. Pero, sin perjuicio de ello, uno sigue teniendo la impresión de que el Señor, más allá de amar a su madre entrañablemente, quiso dejar en claro que ni siquiera un amor tan profundo podía llegar a afectar el cumplimiento de su cometido sobrenatural.

El comentario del incidente quedaría incompleto si no mencionara que el evangelista, para ir cerrando el pasaje respectivo, señala: *Y bajó con ellos y vino a Nazareth y les estaba sujeto*. O sea que, puestas las cosas en su lugar, satisfecho el fin pedagógico de la actitud asumida, Jesús volvió a su casa y siguió portándose como un hijo afectuoso y obediente.

IV - UN CHICO CON PRESTIGIO

El don de mando es un atributo innato, propio del caballero, con el cual se cuenta o no se cuenta. Y que se revela tempranamente. No me caben dudas respecto a que Jesús lo poseyó desde un primer momento y explicaré el motivo de mi convicción.

Aclaro de entrada que para saber mandar hay que empezar por saber obedecer. Cosa que ningún militar ignora. Y ya hemos visto que Jesús satisfizo esa condición pues, después del incidente del Templo, regresó a Nazareth con sus padres y *les estaba sujeto*. Pero, además del cumplimiento de tal requisito previo, otros indicios abonan mi convicción en el sentido de que poseía la aristocrática virtud del mando.

Entre los apóstoles que lo siguieron se contaban sus primos Santiago y Juan. El primero probablemente mayor que él y el segundo bastante menor. Por cuanto ambos, hijos de Zebedeo, vivían en su mismo pueblo, es natural que compartieran con Jesús correrías infantiles, formando parte de la misma pandilla.

Años más tarde, estando los hermanos reparando las redes junto a la barca de su padre, pasó Jesús y los invitó a seguirlo. Cosa que hicieron de inmediato, abandonando su tarea y a su padre. Desde de ese momento Santiago y Juan ocuparon un lugar destacado entre los discípulos del Señor, acompañándolo en la aventura de anunciar el advenimiento del Reino a lo largo de tres años.

Pues bien, la pronta respuesta de los hermanos al convite de su primo indica claramente el prestigio con que éste contaba a sus ojos. Cuyo origen se remontaba sin duda a aquella época en que conformaban la misma pandilla.

No es fácil dejarlo todo para seguir a alguien, sin preguntarle siquiera a dónde se dirige. Y eso jamás habría ocurrido si quien formulara la propuesta no hubiera sido una persona de la cual podía uno fiarse, habiendo demostrado previamente su capacidad para conducir.

Considere el lector por un momento si Santiago y Juan seguirían a Jesús, su primo, al cual conocían desde siempre, en caso de haberse mostrado éste, anteriormente, como un niño irresoluto, temeroso y cohibido. Es claro que, de haber sido así, los hermanos, lejos de marchar tras él, le hubieran dejado continuar su camino alegando algún pretexto baladí. O no tan baladí, dado que, sin forzar las cosas, bien pudieron decir que su padre los necesitaba para secundarlo en su trabajo de pescador.

Pero no fue eso lo que ocurrió. En vez de excusarse, los hermanos dejaron lo que estaban haciendo y marcharon sin vacilar en pos de Jesús. Impulsados por su autoridad, apoyándose en su prestigio, fiados de su palabra. Y recordando, seguramente, viejos tiempos.

Hacen falta singulares condiciones para destacarse entre un grupo de chicos. Porque, a fin de comandarlo, el pequeño jefe no contará con ninguno de los soportes que sustentan el mando entre los adultos. No contará con un grado castrense, ni con antecedentes académicos, ni con prioridades escalafonarias, ni con la posibilidad de otorgar recompensas y aplicar sanciones. El caudillo de una banda infantil la comandará en razón de sus propios méritos, personalísimos e intransferibles. Méritos éstos que incluyen necesariamente la lucidez, el vigor, la capacidad de decidir con prontitud. Y el sentido de la equidad para resolver diferendos, de la solidaridad y el coraje para esforzarse o resistir con el grupo, de la lealtad hacia el compañero y de la tenacidad para alcanzar un fin. Esas y algunas otras son las condiciones que un chico

requiere de otro para admitir su autoridad, aunque ni siquiera tenga conciencia clara de que las exige.

Y lo curioso del caso es que Jesús debió adquirir prestigio sin haber liderado a sus compañeros en la comisión de tropelías, base habitual del ascendiente juvenil. No es razonable que el Hijo de Dios, en efecto, pudiera organizar el asalto a los frutales de un vecino, ni la pedrea dirigida contra el rebaño de otro, ni la sustracción de unos pasteles recién horneados. En cambio, reflexivo pero a la vez capaz de proponer actividades atractivas, habrá sido un buen narrador de bellas historias y un eficaz promotor de magníficas exploraciones.

Este don de mando se manifestaría más tarde de diversos modos. Pero lo que procuré en este capítulo es señalar que, probablemente, fue una cualidad que se reveló en Jesús desde el primer momento o sea que se trató de una condición innata, propia de un caballero.

V - NO SE AMPARÓ EN EXCEPCIONES

Creo que todos tenemos tendencia a alegar excepciones para no cumplir con obligaciones que alcanzan a la generalidad. Me acuerdo de la época en que todavía existía el servicio militar obligatorio, en virtud del cual los muchachos de veinte años debíamos pasar uno bajo bandera, para aprender a defender la patria. O dos, si en el sorteo respectivo nos tocaba un número alto y había que cumplirlo en la marina.

La conscripción suponía cierta exigencia. Enseñaba a obedecer y a convivir, a practicar marchas prolongadas con el equipo a cuestras, a comer lo que nos pusieran delante, a vencer el sueño durante las guardias nocturnas. Y, para muchos, significaba la primera experiencia en cuanto a vivir separados del hogar paterno. Por esas y otras razones, era frecuente que quienes afrontaban su inminente ingreso a filas, procuraran evitarlo valiéndose de mil recursos: recomendaciones de personajes influyentes, falsas limitaciones físicas, inexcusables obligaciones filiales para con madres viudas y demás. Se trataba, en una palabra, de conseguir excusas valederas para gambetear una obligación de alcance general.

Un caballero, como digo, difícilmente acudirá a un subterfugio para eludir obligaciones legítimas. Sabe, o al menos intuye, que la buena marcha de la sociedad depende de que cada cual cumpla con su obligación para con ella. Y, por ende, no ha de acudir a alguna argucia para soslayar su cumplimiento. Eso al menos es lo que debe ser. Aunque a veces no sea así.

Si he echado mano del servicio militar obligatorio para ilustrar el caso, lo hice por resultar un ejemplo claro y elocuente. Pero que dista de ser excluyente. Por el contrario, la conveniencia de que se cumplan las obligaciones establecidas, sin tratar de eludirlas

mediante excepciones antojadizas, no está restringida al ámbito castrense sino que alcanza a muchos otros, civiles y religiosos. Por ejemplo respetar los semáforos, pagar los impuestos o ir a misa los domingos.

Pues bien, Jesucristo cumplió como un caballero con sus obligaciones civiles y religiosas, sin ampararse en excepciones, pese a que pudo invocarlas. A este respecto recibió el ejemplo de José y María que, aunque seguramente pudieron invocar el avanzado estado de gravidez de ésta, para postergar el cumplimiento del edicto de empadronamiento dictado por César, se pusieron en movimiento sin demora hacia Belén a fin de realizar lo dispuesto por la autoridad civil. Y, más tarde, también cumplieron en término con lo establecido, haciendo circuncidar al Niño y rescatándolo del servicio del Templo. Y otro tanto ocurrió cuando lo llevaron consigo a Jerusalén y se les perdió allí.

Pero la primera oportunidad en que Jesús, por sí, por decisión propia, cumple con una disposición de alcance general sin invocar excepciones (que hubieran resultado perfectamente legítimas, dicho sea de paso) fue cuando se hizo bautizar por Juan el Precursor en el Jordán.

El ejemplo tiene especial relieve pues recibir aquel bautismo no era siquiera una obligación sino una ceremonia meramente recomendable, practicada en beneficio de multitudes de gentes piadosas imbuidas de buen espíritu. Juan, que sabía muy bien quién era el que venía a recibir su bautismo, se negó en principio a administrárselo a Jesús. Pues advertía que el Mesías no necesitaba de ese bautismo. Pero Jesús, tal vez con ánimo docente, tal vez para cumplir hasta en su menor detalle con algo establecido a favor del pueblo todo, le indicó a Juan que procediera a su respecto sin hacer

excepciones. Así, uno más entre muchos, se metió en el Jordán -un río de trocha angosta- y recibió el bautismo de manos de Juan.

Y, como prueba de que aquella acción, humilde e igualitaria, había resultado agradable a la Trinidad completa, se oyó la voz del Padre que desde el cielo decía: *este es mi Hijo amado, en quien tengo puesta mi complacencia*. Y, simultáneamente, bajó sobre Jesús el Espíritu Santo, dando lugar a la única teofanía² trinitaria, explícita, que registran los Santos Evangelios.

Cuenta el Evangelio de San Mateo que, en Cafarnaún, se le acercaron a Pedro los recaudadores del impuesto establecido para mantener el Templo y le preguntaron si su Maestro lo pagaba, a lo cual respondió afirmativamente. Respecto a eso y para dejar las cosas bien en claro, Jesús le señaló que, estando el Templo dedicado a Dios y siendo él Hijo de Dios, no estaba obligado a pagarlo. Pero que lo hacía para no escandalizar. Y, a fin de realizar el pago, le dio a Pedro una instrucción singular: que fuera hasta el mar, echara un anzuelo, abriera la boca del pescado que sacara y que en ella hallaría una moneda. La cual debía entregar a los recaudadores, para abonar la contribución correspondiente a ambos.

² Teofanía: manifestación de la divinidad.

VI - MANDAR EL DIABLO AL DIABLO

La existencia de lo sobrenatural resulta extremadamente molesta en los tiempos que corren. Y no se crea que ello sucede sólo entre los incrédulos materialistas, a quienes es natural que les fastidie ya que tal existencia contradice directa y frontalmente su postura. En ese sentido a nadie podría extrañarle que, por ejemplo, Carlos Marx se sintiera molesto ante un milagro, cuya única explicación consistiera en tratarse de eso, de un milagro.

Pero ocurre que no son sólo los *comunistas* y los *ateístas* (como decía el padre Albino, nuestro párroco esloveno, en sus sermones dominicales) quienes se sienten molestos con la realidad de lo sobrenatural. No son sólo los ateístas, los comunistas, los positivistas, los científicos, los agnósticos y los descreídos en general los que rehuyen admitirla, explícita o implícitamente. Lamentablemente no faltan los cristianos e incluso los católicos que así se conducen. Al menos en los hechos y acaso sin advertirlo claramente.

Pruebas al canto. En el anuncio del nacimiento del Mesías formulado por Isaías, el profeta anticipa: *una virgen concebirá*. Hecho sin duda portentoso, que sólo admite una explicación sobrenatural. Sin embargo, en la versión del Evangelio que se lee actualmente en las iglesias argentinas dice: *una joven concebirá*. Hecho que nada tiene de portentoso y que, por ende, no requiere explicación sobrenatural alguna.

La liturgia prescribe que el sacerdote que celebra la misa se lave las manos después del Ofertorio, precaución explicable para quien crea que pronto tocará con ellas a Jesucristo, con su cuerpo, sangre, alma y divinidad. Precaución explicable, digo, pero que no armoniza con la autorización concedida hoy a los fieles para recibir la hostia en

la mano. En una mano no consagrada, como la del sacerdote, y que tampoco ha sido lavada, al menos desde la entrada del feligrés al templo.

Bueno, a lo que iba. Presto a iniciar su vida pública, Jesús resolvió prepararse para cumplir esa etapa crucial de su tránsito terreno. Y, con tal fin, se retiró al desierto, con intención de mortificarse mediante un ayuno riguroso de cuarenta días. Avanzado el mismo, es decir cuando el hambre se hacía sentir rabiosamente, se presenta el diablo para tentarlo.

El padre Castellani (que alguna vez hizo un ayuno como ese) supone que el móvil que impulsó al demonio para tentar a Jesús fue, en primer lugar, la curiosidad. Pues, según dice, no sabía bien a qué atenerse respecto a este hombre cuyas perfecciones advertía pero sobre cuya naturaleza no estaba cierto. Sospechaba con fundamento que fuera efectivamente el Hijo de Dios pero no estaba seguro. Y, para salir de dudas, resolvió ponerlo a prueba.

A mí no termina de convencerme la hipótesis de Castellani pues, en otros pasajes del Evangelio, los demonios expulsados de ciertos posesos manifiestan saber quién es Jesús, como en el caso del endiablado de Gerasa. Además, aunque a Mandinga no le está concedido conocer los últimos pliegues del alma, es suficientemente astuto como para haber advertido que la persona de Cristo sobrepasaba en muchos aspectos lo puramente humano. Pero en fin, lo que pudo haber sucedido es que, enterado o no de quién era Jesús, procurara confirmarlo.

Y el procedimiento al que echó mano para ello fue presentarle tres tentaciones, que apuntaban a otras tantas inclinaciones muy propias del hombre, ante las que éste

sucumbe con frecuencia. A saber: los apetitos sensibles, la soberbia y la ambición de poder.

Procuró el diablo alborotar sus apetitos sensibles proponiendo a Jesús que transformara en panes algunas de las piedras que tenía cerca. Propuesta especialmente ladina si se tiene en cuenta que estaba dirigida a alguien que estaba ayunando rigurosamente. Y que, además, implicaba la necesidad de realizar un milagro, cosa que interesaba a Satanás para terminar de establecer con quién estaba tratando.

Jesucristo, con soltura propia de un caballero, rechaza la tentación y, de paso, le da una lección al Maligno, recordándole que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Para tentarlo de soberbia, lo lleva el demonio a Jesús hasta el lugar más elevado del Templo, invitándolo a tirarse abajo pues, dice, los ángeles no permitirán que se estrelle contra el suelo. Y digo que tal invitación se dirige a halagar la soberbia porque no cualquiera tiene los ángeles a su servicio. Pero Jesucristo vuelve a rechazar la propuesta elegantemente, indicándole a Satanás que no ha tentar al Señor su Dios.

Por último, superándose en materia de despiste y petulancia, el diablo instala a Jesús en una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo, se los oferta a cambio de que el Señor lo adore. No andaba descaminado Lucifer al disponer de los reinos del mundo como de cosa propia, ya que su influencia en ellos es grande (y quien habla de reinos habla también de repúblicas). Pero pretender que lo adorara la Segunda Persona de la Trinidad Santísima fue un despropósito. Que determinó que Jesús lo mandara al diablo, como quien dice. Con la firmeza y el donaire con que puede hacerlo un caballero.

VII - CELEBRACIÓN DEL VINO

Ya había Jesús reclutado sus primeros discípulos cuando lo convidaron a una fiesta de casamiento en Caná de Galilea, incluidos los discípulos en el convite. También había sido invitada su madre. La fiesta iba a ser grande y todo hace pensar que los novios serían de familias acomodadas, según ya dije anteriormente.

Me detengo aquí para destacar que Jesucristo respetaba lo prescrito por las convenciones sociales vigentes en su tiempo. Si lo invitaban a una fiesta de casamiento, concurría a ella como toda persona bien educada. Ni se le ocurría aducir que tenía obligaciones más importantes que cumplir, ni que su misión en la tierra sobrepujaba en mucho quedar bien con las relaciones de su familia. O sea que, al respecto, se comportaba como un perfecto caballero.

Alguien ha dicho que la cortesía es una hermana menor de la caridad. Y yo mismo escribí alguna vez:

*Celebro que se cumplan los acuerdos verbales,
celebro la clemencia de los buenos modales.*

Y cuando hablé de clemencia me referí al aspecto misericordioso de la amabilidad, que hace la vida más llevadera a los demás y que, como suave lubricante, evita o amortigua los roces derivados de la convivencia.

Por otra parte, una actitud simpática o una sonrisa oportuna abren camino, con frecuencia, a una cordial relación con el interlocutor, presupuesto ineludible para desarrollar lo que San Josemaría Escrivá llamaba *apostolado de amistad y confianza*.

Pues bien, Jesús, un hombre cortés y bien educado, aceptó la invitación recibida para participar en una fiesta de casamiento. Y esa decisión dio lugar a un suceso importante. Tan importante como que supuso un cambio respecto al momento en que el Señor iniciaría su vida pública.

La Santísima Virgen no era mujer de dejarse servir, desentendiéndose de lo que sucediera a su alrededor. Menos aún si eso que sucedía podía afectar a gente con la cual estaba relacionada por razones de trato, vecindad o parentesco, como sería el caso de los organizadores de aquella fiesta. Amén de conversar animadamente con sus vecinos de mesa, no perdería detalle respecto a cómo transcurría la velada, dispuesta a echar una mano si las circunstancias lo requerían. Hasta, probablemente, con esa intención daría una vuelta de inspección cada tanto.

Y su observación diligente le permitió advertir algo que los demás habían pasado por alto: el vino empezaba a escasear.

Que se acabara el vino en medio de la farra hubiera resultado sencillamente dramático. Porque el vino era y es componente fundamental para que una reunión resulte exitosa. Más entonces, cuando no existían gaseosas ni otros tristes sustitutos del mosto.

El vino alegra el corazón del hombre dice la Sagrada Escritura. A lo cual cabría agregar que existe una curiosa correspondencia entre la práctica del catolicismo y las áreas geográficas donde se consume vino. La herejía, en líneas generales, arraigó en zonas donde priman las bebidas destiladas, la temible *bebida blanca* apta para emborrachar a un cosaco.

¿Y qué hace María cuando repara en el inminente desastre? Pues, sencillamente, hace lo que hay que hacer siempre ante un desastre inminente: recurrir al Señor.

El modo como la Virgen plantea el asunto resulta de una extremada delicadeza: se dirige a Jesús y le dice, escuetamente: *no tienen vino*.

Y Jesús, también escuetamente, le responde diciendo que ese no es problema de ella ni de él. Con un agravante: que remediarlo exigiría la realización de un milagro y que el Señor no tenía previsto hacer milagros hasta más adelante.

Pero María no se achica y, segura de que Jesús arbitraría los medios para arreglar el asunto, se dirige a los mozos que estaban sirviendo y le dice: *hagan lo que él les diga*.

Y Jesús actuó, porque no era capaz de negarle nada a su madre.

Había allí unas tinajas de piedra, destinadas a las abluciones que hacían los judíos. Eran seis tinajas grandes y Jesús indicó que las llenaran de agua hasta el borde. Hecho lo cual, dispuso Jesús que le llevaran una copa al *maitre*.

Cuando probó el hombre aquel líquido, salió volando y le reprochó al novio haber guardado el mejor vino para el final, cuando lo usual era servir el vino bueno al principio y, una vez que los invitados estuvieran medio chupados, darles el peor sin que se apercibieran del cambio.

Así, Jesús vuelve a demostrar su clase. En primer lugar porque, sin mezquindad alguna, con magnificencia, como cuadra a un señor, hace llenar las tinajas de piedra hasta el borde, a fin de hacer una gran provisión de vino, aunque los invitados ya llevaran largo

rato bebiendo. Y, en segundo término, porque, si de hacer vino se trataba, no se contentó con uno así nomás sino que lo fabricó de primera. Mejor que un *Rutini Malbec* o un *Luigi Bosca*.

Y esa actuación magnánima del Señor tuvo sus frutos. Pues a su respecto escribe el evangelista Juan: *Así, en Caná de Galilea, hizo Jesús el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.*

VIII - DESPARRAMO DE MERCACHIFLES

Los atrios del Templo de Jerusalén, en tiempos de Jesucristo, se habían transformado en un ruidoso, colorido y pestilente mercado persa. Allí se ofrecían en venta las víctimas que habrían de ofrecerse como sacrificio, de diferente valor para ponerlas al alcance de cualquier bolsillo. Había desde bueyes, carísimos, hasta pichones de paloma que se compraban por chirolas. Entre éstos y aquéllos se pueden mencionar los corderos, más caros que los pichones y más baratos que los bueyes.

Los bueyes mugían, los corderos balaban, las palomas arrullaban. Clientes y vendedores discutían a grito pelado, ya que los orientales no compran ni venden sino después de interminables regateos. Como no había duchas a disposición de los peregrinos y a los animales no los bañaban hasta momentos antes de sacrificarlos, flotaban en el lugar olores de toda clase.

Además de eso, allí funcionaban pequeñas mesas de cambio, que tenían por fin proveer a los feligreses de la moneda destinada a los óbolos en metálico. Servicio que tenía su importancia ya que los oferentes llegaban de todas partes. Años más tarde, cuando Pedro se dirigió a la multitud reunida en Jerusalén, después del advenimiento del Espíritu Santo, la crónica detalla el origen de los que la conforman, seguramente análogo al de quienes adquirían habitualmente moneda en las mesas de cambio próximas al Templo. La enumeración tiene una riqueza y una cadencia verdaderamente poéticas: *Partos, Medos y Elamitas, los moradores de la Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, Panfilia y de Egipto, los de Libia confinante con Cirene y los que han venido de Roma, tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes...*

Descrito en pocos trazos, aquel fue el marco de la escena que sirve de tema a este capítulo. Escena que pone de manifiesto la celosa defensa del honor de su padre que practica Jesús en una de sus visitas al Templo de Jerusalén.

La estima del honor es uno de los rasgos destacados del ejercicio de la caballería y está articulada como precepto en la regla de sus órdenes. Entre los motivos por los cuales se batía un caballero figuraban la defensa del honor de Dios, del de su dama y del suyo propio.

El honor es, en efecto, uno de los bienes más preciados que se puedan poseer. Cosa que tiende a olvidarse actualmente, considerándolo un prejuicio burgués. Aunque no es un prejuicio y nada tiene de burgués.

Mediante un doloroso vencimiento, puede alguien renunciar a la defensa de su honor, en homenaje a valores aún más elevados. Es el caso de quien reprime su coraje para poner la otra mejilla en ejercicio de una humildad heroica. Lo que no resulta admisible es hacerlo por cobardía o soslayar la defensa del honor ajeno, cuando está a nuestro cargo protegerlo.

Entre las responsabilidades que pesan sobre los gobernantes, figura en lugar destacado defender el honor de la nación confiada a su tutela. Defensa que, llegado el caso, puede justificar hacerlo mediante el empleo de las armas. También es obligatorio, como dije, defender el honor de nuestra novia, de nuestra esposa, de nuestros padres y el honor de Dios.

Se defiende el honor de la esposa o la novia agarrándose a trompadas con el que les diga una grosería, aunque sea más fuerte que uno y forme parte de una patota. Otro

tanto ocurre cuando el afectado sea el honor de nuestra madre. De nuestra madre de la tierra o del cielo. Al honor del padre lo más frecuente será defenderlo de calumnias o difamaciones, valiéndonos de los medios de difusión que estén a nuestro alcance. Lo mismo ocurre con el honor de Dios, defensa que no excluye llegar a las vías de hecho ante la blasfemia.

Jesús entendió, con razón, que haber transformado el Templo erigido para honrar a Dios en un mercado persa, ruidoso, colorido y pestilente, implicaba ofender el honor de su Padre. Con el agravante de que aquel trapicheo incluía también alguna forma de estafa, según permiten suponer los términos que empleó el Señor para apostrofar a los culpables de tal situación.

Porque, ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, Jesús montó el picaso y, presa de justa indignación, salió en defensa del honor de su Padre gritando: *Quitad todo eso de aquí y no hagáis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones*. No contento con ello, empuñó un látigo de cuerdas y, revoleándolo, encaró a los mercachifles, derribó las mesas de cambio, desparramó las monedas y puso en fuga a los animales que estaban en venta.

Guardadas las distancias del caso, una reacción así no puede menos que evocarnos la de algunos protagonistas célebres, como la de Príamo ante el rapto de su hija Helena por Paris, la del Cid Campeador ante la afrenta inferida por los condes de Carrión, o la de Cruz cuando sale en defensa de Martín Fierro, acosado por la partida. Reacciones propias de caballeros todas ellas.

IX - EL COBRADOR DEL F.M.I.

Acabamos de ver, en el capítulo anterior, cómo Jesús volteó las mesas de cambio, desparramó las monedas que estaban sobre ellas y sacó carpiendo a los cambistas que operaban en los atrios del Templo de Jerusalén. Ahora veremos que no actuó así porque condenara el comercio o se la tuviera jurada a los *arbolitos* pues, en su condición de caballero, era capaz de disculpar a la gente y tratar de ponerla a su altura.

Cuenta San Marcos que Jesús *salió hacia el mar*. Es decir hacia el Lago de Genesareth, donde varios de sus discípulos se ganaban la vida como pescadores. Y, al pasar, *vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado a la mesa de los tributos, y díjole: sígueme. Y levantándose le siguió.*

El párrafo evangélico requiere varias ampliaciones. La primera de ellas apuntada a señalar que los tributos que colectaba Leví eran para los romanos, a quienes servía en carácter de recaudador o publicano. Como Roma era una potencia que había invadido Israel, es fácil imaginar cómo lo mirarían sus compatriotas al hijo de Alfeo, al que consideraban un auténtico *cipayo*³, es decir un aliado del extranjero invasor que actuaba en perjuicio de su propia patria. Para peor, la tarea de Leví consistía en sacarles plata a los judíos, cosa que a los judíos siempre les ha molestado sobremanera. Y, para rematar el caso, debe tenerse en cuenta que los publicanos se quedaban con parte de lo recaudado, en beneficio propio. A veces como legítima retribución por su desempeño, a veces porque metían la mano en la lata, como se suele decir. Para poner un ejemplo actualizado podría compararse a Leví con un cobrador del Fondo Monetario

³ Aunque el término ha pasado a formar parte de la jerga política, en su origen designaba a los soldados hindúes que combatían contra sus compatriotas, enrolados en el ejército británico.

Internacional que, para mal de males, se guardara parte de lo recaudado para el organismo internacional. Una joyita el tal Leví.

Y Jesús fue a fijarse justamente en esa joyita para hacerlo discípulo suyo, apóstol más tarde y, de yapa, uno de los cuatro evangelistas que recogerían la Palabra de Dios, pronunciada durante su pasaje por este mundo.

Despreciar al despreciable, por muy despreciable que sea, incluye por lo general una cuota, grande o pequeña, de autosatisfacción, de complacencia por contraste, al comprobar que no es uno tan despreciable como aquel al que desprecia. Por eso, valorar de algún modo al despreciable supone poseer la grandeza necesaria para no disfrutar de ese contraste beneficioso. Actitud propia de un caballero, como ya dije antes, que es la que Jesús pone de manifiesto al convocar a Leví para hacer de él un apóstol.

Pero esa actitud del Señor no fue sólo elegante. Además resultó útil y oportuna. Porque Leví, el publicano, el cómplice del romano invasor, en cuanto oyó el llamado de Jesús, se levantó, dejó el *telonio*⁴ y lo siguió. Lo siguió hasta la muerte pues, ya con el nombre de Mateo, terminaría por sufrir martirio en el ejercicio de su ministerio.

Y no se crea que Leví, al resolverse a seguir al Señor dejándolo todo, pusiera cara de víctima y marchara tras él con aire fúnebre. Nada de eso. Feliz por iniciar una nueva vida, una vida de entrega, organizó un banquete en su casa para celebrar el acontecimiento, al cual invitó a otros publicanos y *arbolitos* amigos suyos. Así se hacen las cosas. Y que tomen nota de ello tantos beatos de gesto avinagrado que andan por ahí.

⁴ *Mesa de los recaudadores de impuestos.*

X - AMPLITUD DE CRITERIO

Si hay una característica particularmente impropia de un caballero es la mezquindad, la estrechez de criterio. Característica que jamás presentó Jesús, dueño de una mentalidad amplia, magnánima.

Un día sábado caminaba con sus discípulos y otros seguidores, atravesando unos trigales que ya estaban a punto de ser cosechados. Blanquearían las espigas formando suaves olas al soplo de la brisa. Y, dada la época, el sol brillaría en el cielo limpio, donde apenas si navegarían un par de nubecitas.

Era tarde y había pasado largamente la hora del almuerzo. De modo que los discípulos tenían hambre. Sin que hubiera mayores posibilidades de aplacarla a breve plazo. Así que arrancaron algunas espigas y las desmenuzaron con los dedos para masticar los granos (se ve que tenían buena dentadura).

Entre los otros seguidores de Jesús se contaban ese día algunos fariseos, que siempre lo estaban acechando para sorprenderlo en falta. Y que, al ver lo que hacían los discípulos, pensaron que efectivamente lo habían pescado consintiendo algo indebido.

Porque, entonces y ahora, los judíos han llevado hasta extremos inverosímiles el acatamiento del descanso sabatino. De lo cual puedo dar fe pues, estando en Jerusalén, pude comprobar que los días sábado, en los hoteles, los ascensores suben y bajan constantemente, deteniéndose por sí mismos en todos los pisos para que los huéspedes puedan abordarlos sin oprimir el botón de llamada, acción totalmente prohibida durante la jornada. Y, frente al Muro de los Lamentos, me llamaron la atención por sacar una

foto, ya que hacerlo requería apretar el disparador de mi máquina, acción también prohibida.

De manera que, dentro de un contexto de este tipo, no ha de extrañar demasiado que los fariseos reconvinieran a Jesús por permitir a sus discípulos matar el hambre desgranando unas espigas. Operación que, conforme a la casuística rabínica, equivale a segar trigo.

Ante el reproche, Jesús les tapó la boca a sus objetores, trayendo a colación un ejemplo extraído de la Sagrada Escritura. Y les recordó que el rey David, acosados por el hambre él y sus acompañantes, comió los panes que se ofrecían en el Templo y se los ofreció a los suyos, pese a que sólo los sacerdotes podían alimentarse con ellos.

Para rematar la lección, agregó Jesús: *el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado. Así que el Hijo del Hombre aún del sábado es dueño.*

Hay varios pasajes de este tenor a lo largo de los Evangelios. Que ponen claramente de manifiesto la mezquindad de los fariseos y la amplitud de criterio del Señor. En uno de ellos se relata el caso de un hombre que estaba en una sinagoga y tenía una mano *micha*. Es decir, una mano inútil, arruinada. Era sábado, Jesús entró a la sinagoga y sus enemigos *le estaban acechando si curaría en día sábado, para acusarle.*

Y de nuevo brilla la elegancia, la amplitud de espíritu de Jesús. Le ordena al hombre-de-la-mano-micha que se ponga en medio. Y les dice a los fariseos: *¿es lícito en sábado hacer el bien o el mal? ¿salvar la vida o quitarla?* Y los fariseos callan. *Entonces clavando en ellos sus ojos llenos de indignación y deplorando la ceguedad de su*

corazón dice al hombre: extiende tu mano. La extendió y quedó sano. Ante lo cual sus adversarios se reunieron buscando medios para perderle.

En otra oportunidad, cuando sanó a una mujer que estaba doblada, sin poder enderezarse, el jefe de la sinagoga reprendió a quienes venían para hacerse curar en sábado. Jesús se indignó y, dirigiéndose a él y a sus conmlitones les dijo: *¡Hipócritas! ¿Cada uno de vosotros no suelta su buey o su asno del pesebre, aunque sea sábado, y los lleva a abreviar? A esta hija de Abraham, a quien, como veis, ha tenido atada Satanás por espacio de dieciocho años ¿no será permitido desatarla de estos lazos en día de sábado?*

Resulta tan simple e irrefutable el argumento del Señor, que los fariseos se quedaron mudos y *avergonzados*.

Es frecuente que el auténtico aristócrata se entienda fácilmente con la gente sencilla y llana. Y algo de eso deja traslucir Lucas cuando, respecto a Jesús y para cerrar el pasaje referido a la mujer torcida apunta: *todo el pueblo se complacía en sus gloriosas acciones.*

XI - HABLAR DERECHAMENTE

Nadie ignora que no se debe mentir. De modo que, por lo general, la gente evita hacerlo. Bueno, al menos hay gente que evita hacerlo. A mí me llama grandemente la atención cuando en algún programa de TV ponen uno frente al otro a dos políticos de partidos opuestos, para que discutan respecto a un hecho concreto que los involucra directamente. Un hecho, como digo, perfectamente definido, tangible y delimitado. Y ahí hay que verlos a los políticos, con qué énfasis afirman o niegan tal hecho, sin que se les mueva un pelo, con cara de perfecta inocencia y tono de Padres de la Patria. Sin embargo, dado como viene barajado el caso, sucede a veces que uno de ellos, necesariamente, tiene que estar mintiendo como un bellaco. Sin que se le mueva un pelo, con cara de perfecta inocencia y tono de Padre de la Patria.

Pasa el tiempo, la cosa se aclara (o no), pero todo el mundo se ha olvidado de ella. De manera que nadie sale a señalar al mentiroso con el dedo para ponerlo en evidencia. Y el mentiroso sigue mintiendo sin asco. Sin que se le mueva un pelo, con cara de perfecta inocencia y tono de Padre de la Patria.

Existe también la posibilidad de que un debate no alcance la aspereza de una controversia y discurra por cauces ambiguos, favorables a la indefinición y al equívoco. Es el territorio del *sin embargo*, del *no obstante*, del *sin perjuicio de*, del *aun dando por cierto*, del *pese a lo cual* y de algunas otras fórmulas de compromiso que permiten gambetear afirmaciones y eludir tomas de posición.

No es que propicie yo pasarse la vida dictando cátedra y sentando opiniones en do de pecho. No, de ningún modo. Por el contrario, estoy cierto de que los individuos que así

proceden resultan habitualmente intolerables, tornando imposible mantener con ellos una charla amable ni un cordial coloquio referido a bueyes perdidos.

A lo que voy es a que un hombre cabal ha de decir la verdad y, además, hablar claro. Hay que hablar claro y pensar con claridad para poder actuar claramente. Que así procede un caballero y así procedió Jesucristo. Y lo declaró expresamente cuando, refiriéndose a la costumbre de jurar sin necesidad, dijo: *Sea, pues, vuestro modo de hablar, sí, sí, o no, no; que lo que pasa de esto, de mal principio proviene.*

Hubo sin embargo ocasiones en que Jesús no habló para ser entendido. Al respecto explicó a sus discípulos: *A vosotros se os ha concedido saber el misterio del reino de Dios; pero a los que son extraños todo se les anuncia en parábolas, de modo que viendo vean y no reparen; y oyendo oigan y no entiendan; no sea que se conviertan y se les perdonen los pecados.* Y aquí uno se queda perplejo: ¿qué es lo que se propone el Señor, explicando el misterio del reino de Dios de modo que no se le entienda, hablando en público para que sus oyentes no se enteren de lo que dice?

Para mí que en este pasaje Jesús apeló a una humorada, a una frase con algo de sarcasmo y mucho de decepción. Fue como si les dijera a sus discípulos: “a ustedes les voy a aclarar el misterio porque les interesa descubrirlo”. Pero a quienes acuden a escucharlo como si vinieran a oír un charlatán de feria prefiere mantenerlos en la ignorancia, no tirarles margaritas a los chanchos.

No sea que se convierten y se les perdonen los pecados. Es la misma triste humorada del Huerto de los Olivos. Cuando, al ver que Pedro, Juan y Santiago se han vuelto a dormir, incapaces de acompañarlo despiertos en su mortal angustia, les dice: *Dormid y*

descansad, he aquí que llegó ya la hora y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores.

Ese mismo procedimiento lo empleó en otras oportunidades. Por ejemplo cuando optó por no contestar una frívola pregunta de Pilatos, cuya respuesta no interesaba a éste: *¿Qué es la verdad?* había preguntado el romano. O cuando guarda silencio ante Herodes, que quería verle hacer un milagro para pasar el rato.

La oración del Padrenuestro es un prodigio de concisión y claridad. Donde se dice todo cuanto hay que decir a Dios, sin que falte ni sobre nada. Primero se declara su carácter de padre y se menciona su domicilio: el cielo. Después se hacen votos para que su nombre sea santificado, vale decir que le sea reconocida su grandeza y perfección. (¿Se imaginan cómo sería un mundo donde todos admitieran la supremacía y calidades de Dios?). Enseguida se hacen votos para que sea instaurado su reino. Y, al comenzar la segunda parte, pasamos a recordarle que satisfaga nuestras necesidades materiales, que perdone nuestras metidas de pata y que evite cedamos ante las embestidas del diablo. ¿Qué más se puede decir? Eso sí que es hablar corto y claro.

XII - DIGNIDAD SERENA

La humildad de Jesucristo fue extraordinaria. Demostrada, entre otras cosas, por el hecho prodigioso de rebajarse a la condición de hombre, siendo Dios, y por ser protagonista voluntario de la extremada humillación que significó morir de mala muerte, en virtud de una condena inicua dictada por jueces inicuos.

Pues bien, no obstante ello, Jesús dijo alguna vez: *vosotros me llamáis Señor y lo soy*, dando así por supuesta la calidad que investía. Pero, además, en varios momentos de su existencia se encargó de dejarla en claro, conduciéndose con la dignidad de alguien superior que se merece respeto y consideración.

Cuenta Lucas que, en cierta ocasión, *se acercaron algunos fariseos diciéndole (a Jesús): Sal y aléjate de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y les dijo: Id y decir a ese zorro: he aquí que expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y al tercer día acabo. Pero es necesario que yo siga mi camino hoy y mañana y al día siguiente.*

El pasaje demuestra varias cosas. Primeramente, que había algunos fariseos de buena voluntad, que se preocupaban por la suerte de Jesús, constituyendo una excepción entre ellos. En segundo lugar, que la predicación del Señor era riesgosa, pues Herodes estaba en condiciones de cumplir su intención de matarlo. Y, en tercer término, que Jesús, con esa serena dignidad de que estoy hablando, propia de un caballero, anteponía el cumplimiento de su misión a cualquier otra cosa, permitiéndose mandarlo a pasear al rey.

Durante la fiesta llamada de los Tabernáculos *algunos en Jerusalén decían: ¿No es éste a quien buscan para matarle? Pues mirad cómo habla con toda libertad y nada le*

dicen. Fue entonces cuando los fariseos mandaron hombres de su guardia para apresarle. Pero, como volvieron sin haberlo hecho, les preguntaron: ¿Por qué no lo habéis traído? Respondieron los alguaciles: Jamás habló así hombre alguno (...) Buscaban como detenerle pero nadie le puso las manos encima.

También refleja la digna autoridad de Jesucristo un párrafo del Evangelio, correspondiente a momentos previos a su entrada triunfal en Jerusalén. Dice así: *Y cuando llegó cerca de Betfagé y Betania, que están cerca del monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos diciendo: Id a la aldea que está enfrente; al entrar encontraréis un borrico atado, en el que todavía no ha montado nadie, desatadlo y traedlo. Y si alguno pregunta por qué lo desatáis, le diréis así: porque el Señor lo necesita. Los enviados fueron y lo encontraron tal como les había dicho. Al desatar el borrico los dueños le dijeron: ¿Por qué lo desatáis? Ellos contestaron: porque el Señor lo necesita.*

Observemos por último que Jesús, rodeado durante su vida pública por multitudes que incluían a los más desheredados de la sociedad, lejos de ser un demagogo admitió con naturalidad las estratificaciones que presentaba ésta, conduciéndose de manera bien distinta a la que es propia de los agitadores revolucionarios. Algo de eso se advierte en alguno de los ejemplos que puso durante su predicación. Por ejemplo éste: *Si uno de vosotros tiene un siervo en la labranza o con el ganado y regresa del campo ¿acaso le dice: entra en seguida y siéntate a la mesa? ¿No le dirá por el contrario: prepárame la cena y disponte a servirme mientras como y bebo, que después comerás y beberás tú? ¿Es que tiene que agradecerle al siervo el que haya hecho lo que se le había mandado? Seguro que no.*

Tampoco, en una de sus parábolas, critica al dueño de cierta viña que envía a sus servidores y luego a su hijo para recoger la renta que le es debida. O al rico señor que, con motivo de ausentarse, entrega fuertes sumas a tres de sus dependientes para que negocien hasta que él regrese y le devuelvan los importes recibidos más las ganancias obtenidas.

Claro que lo dicho no implica que Jesús fuera un capitalista devoto del libre cambio ni que pusiera a los adinerados como ejemplos de conducta. Cosa que se advierte cuando expresa que es más fácil que un camello pase por ojo de una aguja que un rico entre al reino de los cielos. O cuando formula el elogio del pobre Lázaro y describe la suerte del poderoso Epulón, sepultado en el infierno.

A lo que voy es a dejar en claro que el Señor no vino a predicar la lucha de clases y que, pese a disponer que no hemos de apegarnos a los bienes materiales, no fulminó a quienes los poseen y disponen de ellos como cuadra.

XIII - JESÚS Y LOS SOLDADOS

Después de repasar el modo como Jesús preservó su dignidad personal y su postura ante la lucha de clases, vamos a pegar un vistazo a sus dichos y actitudes respecto a los militares, tan poco queridos por los impulsores de la revolución social.

Resulta llamativa, en efecto, la inquina que abrigan éstos con relación a los soldados. Y supongo que eso se debe a ciertas peculiaridades que los distinguen. Porque hay soldados buenos y malos, destacados y mediocres, justos e injustos. Incluso valientes y cobardes. Pero todos ellos tienen en común que son hombres acostumbrados a mandar y a obedecer, a vivir con sobriedad, a sobrellevar el esfuerzo que implican las largas marchas y las vigias de los turnos de guardia, a tener en el horizonte de sus vidas la perspectiva de perderla en combate. Y tales características compaginan mal con las del sujeto que los agitadores se proponen sumar a las filas revolucionarias. El soldado, por lo general, será un defensor del orden, llamado a enfrentar a quienes procuran alterarlo.

Antes de que Jesús iniciara su vida pública, Juan Bautista llevó a cabo su misión de Precursor, preparatoria de aquélla. Y el mensaje que transmitía no discrepaba, naturalmente, con el que luego difundiría el Señor. Gente de distinta laya se le acercaba, preguntándole qué debían hacer. Y, entre la misma, se arrimaron unos soldados que le hicieron igual pregunta. Les respondió Juan: *No hagáis extorsión a nadie, ni denunciéis con falsedad y contentaos con vuestras pagas.* Vale decir que no descalificó su oficio, exigiéndoles que abandonaran el uso de las armas y renunciado al empleo de la violencia que supone el combate. Lejos de ello, sencillamente les indicó que se comportaran debidamente, continuando con su profesión.

En cuanto al Señor, su relación con los militares queda claramente de manifiesto en el siguiente episodio recogido en el Evangelio. *Cuando terminó de decir todas estas palabras al pueblo que le escuchaba, entró en Cafarnaún. Había allí un centurión que tenía un criado enfermo y moribundo a quien estimaba mucho. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera a curar a su criado. Ellos, cuando llegaron junto a Jesús, le rogaron encarecidamente diciéndole: Merece que le hagas esto, pues aprecia a nuestro pueblo y él mismo nos ha construido una sinagoga. Jesús, pues, se puso en camino con ellos. Y no estaba ya lejos de la casa cuando el centurión le envió unos amigos para decirle: Señor, no te tomes esa molestia, porque no soy digno de que entres en mi casa, por eso ni siquiera yo mismo me he considerado digno de venir a ti; pero di una palabra y mi criado quedará sano. Pues también yo soy un hombre sometido a disciplina y tengo soldados bajo mis órdenes: digo a éste: ve, y va; y al otro: ven, y viene; y a mi siervo: haz esto, y lo hace. Al oírlo, Jesús quedó admirado y volviéndose a la multitud que le seguía, dijo: En verdad os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Y cuando volvieron a casa, los enviados encontraron sano al siervo que estaba enfermo.*

Tan elocuentes resultaron las palabras de aquel oficial romano que todavía hoy las repetimos en la misa, momentos antes de comulgar.

Por último apuntaré que, no obstante haber sido soldados los que crucificaron a Cristo, cumpliendo órdenes recibidas, Longinos, el centurión que los mandaba, al observar el comportamiento sublime del Señor y los signos que rodearon su muerte dijo, admirado: *Verdaderamente este hombre era justo.* Y su conversión fue uno de los primeros frutos de la pasión del Señor.

La cruz y la espada han aparecido reunidas en múltiples oportunidades. Recordaré por lo pronto que, en el origen de la conversión del imperio romano, una cruz apareció en los cielos para anunciar a Constantino que ella le daría el triunfo en la batalla que estaba por librar. Y, mucho más tarde, la victoria de Lepanto salvaría de su destrucción a la cristiandad.

Si menciono aquí a los soldados, ello obedece a que, como señalé en la introducción a esta obrita, los servicios prestados a la sociedad en el campo de combate son uno de los orígenes legítimos de una aristocracia bien entendida. De modo que es razonable que aristócratas y guerreros no se lleven mal.

XIV - CORAJE PERSONAL (I)

El valor constituye uno de los atributos más respetados del varón desde tiempo inmemorial. Cuya posesión es motivo de respeto incluso por parte de los enemigos de quienes cuentan con él. Determinando, entre otras cosas, que las tropas vencedoras desfilen ante las vencidas cuando éstas han demostrado denuedo en la batalla.

Era yo amigo de Manfred Schönhofeld, un periodista talentoso que, quizá con alguna arbitrariedad pero con certera intuición, sostenía que las naciones soportan sólo una cierta cantidad de cobardes. Superada la cual, según él, desaparecen, se licúan. Y, fundado en ello, agradecía a la Guerra de Malvinas haber suministrado los héroes necesarios para que la Argentina sobreviviera. Acaso menos que aquellos beneficiados con ese título por panegiristas benévolos. Pero los suficientes para permitirnos seguir existiendo como país.

El coraje es una virtud aristocrática, propia de caballeros. Con la cual cuentan los verdaderos aristócratas y muchos que, sin ser tenidos por tales, lo son por el simple hecho de poseerla. Y de la que carecen algunos que se hacen pasar por caballeros.

Aunque en el fondo todos lo respetan (e incluso lo envidian), hoy el coraje no está de moda. Llegándose al punto de que no falten quienes, sin recato alguno, exhiban su cobardía como un título, para sacarle partido alegando haber tenido que huir en algún momento.

Jesucristo poseía en grado eminente la admirable virtud del coraje personal. Que puso de manifiesto en múltiples oportunidades durante su vida pública. Acaso también durante sus años de vida oculta, si bien no ha quedado constancia de ello.

Diversos pasajes del Evangelio revelan, en forma escueta y objetiva, el valor personal de Jesús. Traeré algunos a colación para corroborar lo dicho. Pero, antes de hacerlo, me parece conveniente referirme al marco que rodea su actuación, ya que le otorga características singulares.

Tal contexto lo conforma el choque frontal con la secta de los fariseos que determina la proclamación de su doctrina. Secta cuyo formidable poder conoce Jesucristo, pese a lo cual no vacila un instante en denunciar su hipocresía a grito pelado, aún sabiendo el riesgo que supone hacerlo.

Los fariseos y los escribas eran, de algún modo, los dueños de la verdad en lo que se refiere al conocimiento e interpretación de los Libros Sacros de Israel. Situación que los tornaba temibles, dada la enorme importancia que revestía la Escritura en la vida pública y privada de los judíos. Formalistas, habían ido vaciando de contenido la Ley de Dios para transformarla en un cúmulo de preceptos establecidos por ellos, cuyo cumplimiento agobiaba al pueblo. Esto les dijo Jesús: *¡Hipócritas! Con razón profetizó de vosotros Isaías diciendo: este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y dijo también: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Que cerráis el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis ni dejáis entrar a los que entrarían. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Que devoráis las casas de las viudas con el pretexto de hacer largas oraciones. ¡Ay de vosotros, guías ciegos! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis diezmos de la hierbabuena, y del*

eneldo, y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley, la justicia, la misericordia y la fe. Estas debierais observar sin omitir aquéllas.

Para disipar toda duda respecto a la mala fe de los fariseos, resulta sumamente ilustrativo lo que pasó después de la resurrección de Lázaro, milagro que determinó que *muchos de los judíos que habían venido a María y a Marta, y vieran lo que Jesús hizo, creyeran en él. Mas algunos de ellos se fueron a los fariseos y les contaron las cosas que Jesús había hecho. Entonces los pontífices y fariseos juntaron consejo y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros (...) Y así, desde aquel día no pensaban sino en hallar medio de hacerlo morir.* O sea que, perfectamente enterados de que el Señor hacía auténticos milagros, resolvieron matarlo para evitar que la gente lo siguiera.

Conocedor de esta situación, Jesús marcha osadamente a Jerusalén para que se consuma la redención mediante su sacrificio en la cruz. Y no es que no supiese cómo evitar caer en manos de los fariseos. Tiempo antes, en efecto, a fin de conjurar tal peligro se había trasladado a Galilea para que su predicación no quedara trunca. Ahora, en cambio, concluida ésta, entra en Jerusalén a la vista de todos, rodeado del pueblo que lo aclama.

La gente levanta ramas de olivo, tiende sus mantos ante el burro que monta y lo vitorea gritando *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!* Tanto entusiasmo escandaliza los fariseos que, desbordados por el fervor popular y espíritus pequeños al fin de cuentas, le piden a Jesús que haga cesar aquellas aclamaciones que consideran indebidas. Entonces Jesús, con altura de auténtico aristócrata, les replica: *si estos callaran hasta las piedras darán voces.*

Los fariseos se marcharon con el rabo entre las piernas, dispuestos a poner en práctica la conjura que, mediante el soborno, habían urdido para apoderarse de él y darle muerte.

XV - CORAJE PERSONAL (II)

Dado el lugar eminente que ocupa el coraje personal entre las virtudes caballerescas, parece muy indicado dedicarle más de un capítulo de esta obra.

Hemos dejado al Señor entrando a Jerusalén entre aclamaciones, luego de rechazar una petición mezquina de los fariseos. Y, mientras nos acercamos a las puertas de la ciudad para entrar a ella, nos colocamos también a las puertas de la Pasión, retablo de grandeza donde el coraje y el amor juegan papeles destacadísimos.

Después de esta jornada de desbordante exaltación, Jesús se apresta a consumir la Redención retirándose a Betania para pasar aquellas vísperas con sus amigos Marta, María y Lázaro. Luego vuelve a Jerusalén para celebrar la Pascua en el Cenáculo y entregarse a una muerte afrentosa.

Durante el transcurso de la cena deja sus últimas instrucciones al pequeño grupo de aquellos que son sus seguidores más próximos. Y, antes de dirigirles un largo mensaje final, resuelve darles un ejemplo, plástico y didáctico, de cómo han de tratarse entre ellos. Se ciñe una toalla a la cintura, toma una jarra y una palangana y procede a lavarles los pies a sus discípulos, uno por uno. Pedro se niega a que Jesús le preste ese servicio, propio de esclavos. Y Jesús le dice: *Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado lo pies, vosotros también os debéis lavar los pies unos a otros.*

Respuesta en que ratifica la altura de su condición, a la vez que prescribe la necesidad de servir a los demás.

Más tarde, luego de manifestar veladamente a Judas que conoce su traición, le indica resueltamente: *Lo que vas a hacer, hazlo pronto*. Con lo cual pone en marcha por sí mismo el terrible mecanismo que culminará con su muerte redentora.

Concluida la cena e instituida la Eucaristía, el Señor y sus discípulos se retiran al Huerto de los Olivos, un lugar conocido por Judas, donde éste no tendrá dificultad en hallarle. Se aparta Jesús y, conocedor de los horrores que le aguardan, asume voluntariamente todas las infamias cometidos por los hombres a lo largo de la Historia, para liberarnos del castigo consiguiente a ellas. Flaquea su ánimo ante esos horrores y estas infamias pero, dirigiéndose al Padre, le dice: *Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero que no sea como yo quiero, sino como quieras tú*.

O sea que Jesucristo no es un temerario, un insensato que desconoce el miedo. De ninguna manera. Es perfectamente consciente de lo que supondrá la pasión y experimenta temor. Pero, ejerciendo violencia sobre su voluntad, lo vence y se dispone a cumplir heroicamente con la ardua obligación que se ha impuesto. Y, en seguida, vuelve a manifestar su calidad caballeresca cuando, interpelando a la turbamulta que ha venido a prenderlo, dice: *¿A quién buscáis? Ellos respondieron: a Jesús el Nazareno. Jesús contestó: os he dicho que yo soy; si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos*.

Se comporta Cristo como el estupendo caudillo que es, preocupándose por los suyos, por quienes lo siguen, por la gente confiada a su cuidado. Actúa como ha de actuar un jefe, como un adalid, como un conductor de raza. Y su intervención es eficaz pues se lo llevan sólo a él, mientras los suyos se dispersan.

Pronto comienza el proceso inicuo, conducido por hombres cegados por el odio que, para peor, actúan con la presunción y prosopopeya característica de aquellos personajes que encabezan un estamento que ha pactado con los invasores de su tierra. Y que, para peor, se sienten intérpretes infalibles de la palabra divina que manipulan a su antojo.

Porque, si vamos a ver ¿cuáles son los móviles que impulsan contra Jesús a escribas y fariseos? Es, por un lado, un miedo cerval a que su prédica solivianta al pueblo, provocando la ira de los romanos y comprometiendo así la autoridad vicaria que éstos les permiten ejercitar. Por otra parte, no pueden tolerar que el Señor difunda una Buena Nueva que anule su papel de intérpretes exclusivos de la Escritura Santa. Vale decir que los enemigos de Jesucristo se mueven impulsados por el miedo al invasor y por el miedo a perder su privilegiada posición dentro de la sociedad judía. Móviles miserables por cierto. A los cuales se agregó la seducción del diablo que, estúpidamente, promovía la muerte de Cristo sin advertir que así contribuía a su propia derrota.

Del referido proceso inicuo extraeré tan sólo algunos pasajes, que revelan la suprema categoría del procesado frente a quienes tienen en sus manos la posibilidad de absolverlo o condenarlo.

A empujones, atado como un delincuente peligroso, el Señor es conducido ante Anás, suegro de Caifás, Sumo Pontífice a la sazón. Luego lo conducen ante éste. Que le pregunta acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le respondió: *Yo he hablado abiertamente al mundo, yo he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde todos los judíos se reúnen, y ocultamente no he hablado nada. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me oyeron de qué les he hablado: ellos saben lo que he dicho.*

La respuesta destila dignidad y coraje. Además, incluso, oportunidad jurídica. Dignidad porque el Señor se abstiene de formular una contestación ociosa, ya que sabe que el Pontífice conoce perfectamente lo que Jesús enseña. Coraje, porque había que tenerlo para sugerirle a Caifás que estaba haciendo una pregunta inútil y malintencionada. Y oportunidad jurídica porque en un juicio lo que pesa es el testimonio de terceros, no el vertido en causa propia, salvo que sea una autoincriminación.

Ante tal respuesta, uno de los servidores que estaba allí dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Jesús le contestó: Si he hablado mal, declara ese mal; pero si bien ¿por qué me pegas?

Y nuevamente aparece aquí la actitud de un valiente, de un hombre sereno que se alza ante la injusticia y la arbitrariedad.

Se acude a falsos testigos que no acuerdan sus dichos. Hasta que el Sumo Sacerdote corta por lo sano y, dirigiéndose a Jesús, dice: *Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.* Y, porque ahora su testimonio es oportuno, responde Cristo, consciente de que su respuesta le acarreará la condena del tribunal que lo juzga: *Tú lo has dicho. Además os digo que en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y venir sobre las nubes del cielo.*

XVI - CORAJE PERSONAL (III)

Ya mencioné antes alguna de las respuestas del Señor a Pilato y su silencio ante Herodes. Dedicaré este apartado a otra manifestación del coraje de Jesús y a uno de los orígenes del mismo.

Dicha manifestación tiene carácter general, involucra toda la Pasión y deja en ella una impronta especialísima. Y consiste en que el protagonista de la Pasión es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, o sea Dios Todopoderoso. Quien, por ende, contó en todo momento con la posibilidad de derrotar a sus enemigos sin esfuerzo alguno, liberándose así de los terribles padecimientos a que lo someterían.

En varios pasajes evangélicos esto queda explícitamente de manifiesto. Por ejemplo, en el Huerto de Getsemaní, cuando una manga de facinerosos va a prenderlo, armada con machetes y garrotes, *Jesús, sabiendo lo que iba a ocurrir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús el Nazareno. Jesús les contestó: Yo soy. Judas, el que lo había de entregar, estaba con ellos. Así que les dijo “Yo soy”, retrocedieron y cayeron por tierra. Cayeron por tierra al oír que Jesús respondía “Yo soy”: prueba evidente del poder con que éste contaba (poder “tumbativo”) y que prefirió no volver a utilizar.*

Enseguida Pedro echa mano a la espada y le corta la oreja a uno de ellos, siervo del Pontífice, Malco de nombre. Jesús cura al herido y le indica a Pedro que envaine, preguntándole: *¿O piensas que no puedo recurrir a mi Padre y al instante pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles?*

Y ya que menciono este pasaje, haré un inciso para elogiar la decisión de Pedro, a la que suele aludirse peyorativamente, tomando su gesto un poco en solfa. Cosa que me parece francamente injusta pues, por un lado, hace falta valor para enfrentar a una turba armada y enardecida; por otro, está claro que no fue la de Pedro una bravata simbólica, ya que bajarle a alguien la oreja demuestra que el golpe fue un flor de mandoble tirado al medio de la cabeza y que, probablemente, se desvió en el casco que Malco llevaría puesto.

Pero volvamos a lo nuestro, que estriba en destacar que Jesús, para cumplir su misión redentora, sobrellevó los padecimientos de la Pasión habiendo podido liberarse de ellos desbaratando a sus enemigos. Algo de eso se desprende de dos pasajes de sus diálogos con Pilato. En uno dice el Señor: *Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos*. Lo cual, naturalmente, también podrían hacer sus servidores celestiales, mucho más poderosos que los de un reino temporal. En el otro, Pilato le pregunta: *¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta alguna. Pilato le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte? Jesús respondió: No tendrías poder alguno contra mí, si no se te hubiera dado de lo alto. De lo alto, de Dios, de su Padre Todopoderoso.*

Adelanté que me ocuparía de uno de los orígenes del coraje de Jesús, de esa estupenda virtud caballeresca que poseía. Y tal coraje, a mi ver, le venía por herencia. Al menos en parte.

Jesucristo, en efecto, como cualquiera de nosotros, heredó muchas cosas de sus padres. De José, padre adoptivo, hábitos, modalidades adquiridas. Como ser la manera de hablar, el acento, su forma de encarar y realizar el trabajo, de ejercitar su oficio. De María, cierto parecido físico, ciertas inclinaciones temperamentales, ciertas peculiaridades del carácter. Entre ellas, seguramente, el coraje, el valor personal.

El valor personal, prenda propia del caballero. Porque, aunque declararlo pueda sorprender, a muchas mujeres se las debe considerar caballeros, con mayor motivo que a muchos hombres. Lo que ocurre es que, más sobrias y más discretas que nosotros, ejercitan las virtudes caballerescas sobria y discretamente. Y, en lo que al coraje se refiere, es corriente que lo posean en grado eminente sin hacer ostentación de ello. Vean si no cómo, a veces, una mujer defiende a su hombre, a su hijo, a su casa o a su honor.

Pues bien, María Santísima, madre de Jesús, era una mujer valiente. Y lo puso claramente de manifiesto siguiendo a su hijo hasta la cruz y permaneciendo de pie junto a ésta hasta el final, cuando abrazó su cuerpo muerto.

En el collado del Calvario, lugar siniestro, extramuros, donde se llevaban a cabo las ejecuciones capitales, donde permanecían hincados los tramos verticales de las cruces a la espera de nuevos ajusticiados, donde la lluvia no llegaba a borrar del todo la sangre de éstos, María se mantuvo al lado del patíbulo en que Jesús había sido suspendido, rodeada de soldados toscos, fariseos vengativos, espectadores crueles. De pie a lo largo de tres horas largas y envuelta largo rato por las misteriosas tinieblas que sobrevinieron, espantando a los circunstantes.

María, mujer valiente. De la cual Jesús heredó aquel coraje con que contaba, propio de un caballero. María asociada a la Pasión de Cristo, María Corredentora.

Fue valiente al aceptar ser madre de Dios, valiente al acudir a Belén embarazada de nueve meses, valiente al acogernos como hijos en la persona de Juan.

Y, como corresponde, María, Madre de Dios y Madre nuestra, recibió un premio por la esforzada solidaridad con que acompañó a su hijo hasta el final. Porque, según lo atestiguan varias revelaciones, fue ella la primera persona que visitó Jesús resucitado, extasiándose al contemplar su cuerpo glorioso, donde las heridas recibidas brillarían como una constelación de soles refulgentes.

JUSTIFICACIÓN

Otros, más sagaces que yo, seguramente hallarían en el Evangelio párrafos que pasé por alto a fin de acreditar la calidad caballeresca que investía Jesucristo. Pero, en todo caso, confío en que los fragmentos que he presentado basten a tal efecto.

No faltará, quizá, quien me señale que destacar dicha calidad es un empeño ocioso, ya que la condición de caballero nada agrega a la de Hijo de Dios. O, peor aún, la empequeñece, resultando al fin de cuentas una tarea reduccionista.

La objeción podría ser válida. Pero, como descargo, diré que Jesucristo fue verdadero Dios y verdadero Hombre. Lo cual justifica exaltar sus virtudes humanas, sin que ello afecte su condición divina. Esa fue mi intención al ocuparme de *un caballero llamado Jesús*.

Esquina Chica, mayo 19 del 2013

Domingo de Pentecostés